

*A la memoria de mi abuelo, Jacobo
y a mi hermano, Stanislas*

I

One more time

DAFT PUNK

La ausencia de solución no es expresable

GEORGES BATAILLE

No revelaré mis sentimientos más íntimos

ADOLF EICHMANN

Exterminio de judíos. No entraré en detalles. Les han machacado hasta el cansancio imponiéndoles horrores como *Noche y niebla*, infundiendo en sus mentes una miserable culpabilidad. Lo digo sin vergüenza: quiero olvidar, anular esa infame Shoah en mi memoria y extraerla como un tumor de mi cerebro. Quiero que el abismo de la Historia la sepulte para siempre.

Sigo esperando que los muertos me dejen tranquila, pero nada de eso. La visión de una sala de duchas de Auschwitz luego de la propagación del gas Zyklon B por los SS viene a perturbarme a la noche cuando no logro dormir. Se sitúa de 3 a 10 minutos después de la difusión del gas a través de las rendijas en las paredes acondicionadas para la masacre: siento un olor acre, veo cuerpos blancos y desnudos amontonados unos sobre otros. Hay niños, mujeres, viejos; forman pilas de carne humana. Los encaramados más alto arañaron el techo tan intensamente que dejaron ahí sus uñas. Todos están rapados, pero sobre las nuca olvidadas por las afeitadoras yacen aún algunos cabellos, ásperos como paja. La mayoría de esos individuos sucumbieron con los ojos abiertos, mirando fijo un punto en el vacío. La tos, los gemidos, los ahogos terminaron: no queda más que el silencio de la muerte.

Olvidé la fecha del día en el que estoy viviendo. Me levanto y me siento en la cama, con la espalda contra la pared. Le pregunto al programa de reconocimiento vocal de mi teléfono qué día es; una voz femenina (su nombre es Siri, tiene timbre de rubia) me responde que

estamos en el domingo 25 de abril y que son las 2 horas y 30. Le digo: “Siri, tengo miedo de dormir”, pero ella aparenta no entenderme. Me pongo auriculares blancos en mis oídos, *One more time* empieza con volumen bajo. El tema funciona, incluso diría que podría llegar a darme ganas de bailar lentamente en la pieza –logro expulsar totalmente esa visión de mi mente. Aumento el volumen. El ritmo repetitivo tapa la voz interior que me dice que es una ilusión creer que algún día voy a poder olvidar definitivamente el Zyklon B y las nucas descuidadas por las afeitadoras. Puedo afirmar con certeza que mi abuelo no murió en el campo de Auschwitz y eso puede dejarme en paz con la fobia de las duchas.

Me pasa a veces que caigo en la acedia. Entonces me veo tentada a confiarle mis sentimientos a una máquina. Sin embargo, actualmente la capacidad emocional de las máquinas sigue siendo insatisfactoria, les falta calidez. Es posible que el problema de la falta de calidez pronto sea resuelto –espero la conquista científica de la emoción por el progreso. Ignoro si es una probabilidad, como ignoro si el día en que la ciencia haya adquirido la posibilidad de fabricar máquinas realmente capaces de emoción será también el último día de la humanidad (están el efecto y su causa). Pienso que nuestro mundo está arreglado a la perfección; desde ese punto de vista, podemos decir que es una obra maestra. Sólo hay un déficit: me gustaría poder encomendarme a una máquina capaz de sentir.

¿Qué dirían si afirmara que tal vez ese déficit sea el precio que hay que pagar por haber erradicado aproximadamente a 14.000.000 de seres humanos en el lapso de 12 años, entre ellos cerca de 6.000.000 de judíos? ¿Por qué no imaginarlo? Gas, fusilamiento, hambruna, organizados de la manera más extraordinaria, cuyo resultado sería que yo tuviera derecho sin duda alguna a interactuar con una máquina capaz de sentir. Había que

hacer una elección, saquear la humanidad o crear máquinas capaces de sentir, y la elección se hizo: saquear la humanidad. No es más que una hipótesis, tengo muchas otras. A veces me pasa que lagrimeo frente a mi Macintosh, pero efectivamente mi Macintosh nunca lagrimea frente a mí. Está condenada a la falta de lágrimas, lo que ahora que lo pienso –y sin duda es un capricho– probablemente se hizo posible por la propagación del Zyklon B en los pulmones de los judíos, los homosexuales, los discapacitados, los locos; y me quedo corta. Señalemos que *One more time* es un tema perfectamente compuesto, quiero decir, cuya ausencia de emoción es llevada a su más alto grado de maestría.

Tengo la vida por delante, es decir, no debería estar hundiéndome bajo una avalancha de pensamientos oscuros. Y sin embargo, sigo. Me digo que es posible que un día me despierte habiendo olvidado todo. Y entiendo que todo es la música, el color del cielo, el sabor de la Coca-Cola, el rostro de mi abuelo (sólo tengo dos fotos), el odio, el amor, mis recuerdos y lo poco que aprendí. ¿Por qué tengo miedo de dormir? Bueno, claro, porque dormir es arriesgarse a perderlo todo. “Puedo despertarme a la mañana con la memoria vacía”, es la idea que me amarga cada noche, y cada noche soy presa de un temor que aleja el momento en que podría liberarme del fuerte peso del estado de vigilia y del cansancio acumulado durante interminables horas. Lo pienso a intervalos regulares: puedo perder la memoria en el próximo instante. Porque si eso es posible para una computadora, debe ser posible para un humano.

Si pierdo, seguiré perdiendo. Es un arte, lo sé, porque los que pierden lo saben: perder es una espiral, como ganar. El mundo tiene una lógica perfecta, ya lo dije, es lo que me asombra. Esa lógica impiadosa es la única ley de nuestro mundo, y lo será hasta el fin.

* * *

Abro mi Macintosh. Auschwitz terminó. De pronto veo Times Square de noche en mi fondo de pantalla y la imagen permanece varios segundos ante mis ojos. Me aspira: por un instante, olvido todo lo que me molesta. Mi computadora existe para seleccionar lo que le conviene a mi memoria, y así confirmo que la tecnología es fabulosa –además llegó justo a tiempo. La amo hasta un punto que no puede expresarse (es obvio que hay también una porción de odio), pero está allí para mí cuando estoy sola frente a todos esos pensamientos mórbidos. Cuando me siento mal, cuando estoy deprimida, cuando estoy destrozada por la soledad: abro mi computadora, se enciende, me conecto a la red y empieza una aventura.

Lo repito: no tengo ningún miedo de olvidar el exterminio de los judíos. Más precisamente, deseo que me dejen en paz con esa historia, que la borren de mi vida de una vez por todas, es el único medio que tengo para sobrevivir. No soporto el bombardeo del que la hace objeto la sociedad en que vivo, no soporto que lo que le infligen a mi cerebro sediento de esperanza y de dulzura. Quiero vivir en un mundo sin violencia, neutro y armonioso como Suiza (la Suiza que imagino) y quiero poder escuchar Daft Punk sin pensar en los cabellos de mujeres rapadas y amontonadas en tachos junto a otros tachos repletos de dientes, uñas, pieles de judíos, sin pensar en esos muertos que me asquean por la sencilla razón de que fueron exterminados. *Son ratas*, ¡matados como ratas! Quiero ver salir el sol a las siete porque me gusta la primavera por la simple belleza de su amanecer, y quiero dar la vuelta a la plaza de los Vosges hasta que el día salga de la noche sin que un pensamiento siniestro pueda llegar a interrumpirme. Dentro de un rato saldré para ver salir el sol, después volveré a pie hasta la calle d'Hauteville y me acostaré en silencio.

Ustedes no saben quién soy

Encantada, me llamo Alma, tengo entre 20 y 25 años. Alma-Dorothea es mi verdadero nombre, pero todo el mundo me dice Alma desde la adolescencia, porque desde la adolescencia cuando me preguntan: “¿cómo te llamas?”, me contento con responder: *Alma* y ocultar el resto. Me llamaban Dorothea en mi niñez, pero quiero olvidar para siempre a la niña que era, porque queremos olvidar lo que en nosotros se desgarró; llámenme como les parezca, los dejo que me nombren.

* * *

Volvamos a nuestros corderos. Algunos no están de acuerdo con las cifras. Algunos cuentan de nuevo los muertos. Las cifras requieren una precisión y un rigor que pueden enfermar, por poco que uno tenga tendencia a ser minucioso. En otros términos, las cifras nos dejan solos: lo sé porque me obsesionan las cifras. Pienso que podría decir que los nazis padecieron de una soledad extrema, la soledad del cálculo. El mundo entero vive sobre esa inmensa capa de soledad nazi que conforma nuestro suelo, la inmensa soledad de las cifras. A veces me gustaría salir de allí, aunque sólo fuese por unas horas. Quisiera acostarme una noche sin pensar en una fecha o en un número. Me gustaría disfrutar ese momento. Mi memoria se ha vuelto contra mí, dejó de absorber el tiempo –olvido casi todo, después me acuerdo, después me vuelvo a olvidar: excepto los sonidos y las cifras, fieles en sus puestos. Un día alguien me preguntó si mi abuelo había muerto en Auschwitz. Contesté: “No, en Buchenwald”. A veces miento. La verdadera razón se me escapa. Son las 2 horas y 45, estoy en casa y estoy sola, porque a la noche quiero armar un razonamiento, por más endeble y retorcido que sea. Me hace falta mi

momento de distensión intelectual, sumergirme en un río de pensamientos neutros u oscuros, estar fuera de todos los circuitos. *One more time* vuelve a empezar en mis auriculares, pienso en las *Variaciones Goldberg* de Glenn Gould, en su frialdad. Siento habitualmente cierta molestia cuando escucho música, una superposición mental de varias melodías, como una superposición de cuerpos en un foso (uso muchas metáforas) sin la suciedad y la putrefacción que eso conlleva, aunque con el mismo desorden. Cuando la música de Daft Punk irrumpió en mis oídos hace unos minutos, oí el segundo movimiento de la sonata 21 de Schubert. Muchos melómanos nazis debieron llorar escuchándola. No me da sueño, no siento ningún cansancio, incluso me siento capaz de ir a correr en remera entre el frío y la noche hasta los muelles del Sena. Sé que puedo hacerlo y es una razón suficiente para sacarme la necesidad. Podría sucumbir a la muerte súbita del deportista, es un riesgo que prefiero evitar. Mi abuelo nació en 1912, el mismo año que Eva Braun. El 12 de diciembre y no el 1° de enero, que es el día de su muerte. Nació el 12 de diciembre de 1912, en Cracovia, Polonia.

Para decírselos de una vez, ignoro por qué hice creer que mi abuelo había muerto en un campo. Dije: “No, en Buchenwald”, y mentí. Como una manzana intentando recordar los nombres de los campos de concentración y exterminio nazis —es preciso que me acuerde. Conozco los principales, los aprendí de memoria hace algunos años, para solucionar el tema. Había un mapa muy hermoso en Wikipedia. La explicación incluía dos símbolos: una calavera negra para los campos de exterminio y una calavera roja para los campos de concentración; la misma calavera que en los detergentes. Me los aprendí por orden alfabético y no geográfico, es más simple y más apropiado para mi cerebro. Mi manzana tiene 6 pepitas, las escupo; es una manía sucia. Empiezo. Auschwitz I, Auschwitz II, Auschwitz III (los más

fáciles de recordar), Bad Sulza, Belzec, Bergen-Belsen, Chelmno, Dachau, Dora, Esterwegen, Flossenbürg, Fuhlsbüttel, Gross-Rosen, Hertogenbosch, Hinzert, Kaunas, Klooga, Lichtenburg, Lublin-Majdanek, Maly Trostenets, Mauthausen, Moringen, Natzwiller-Struthof, Neuengamme, Niederhagen-Wewelsburg, Orianenburg, Ravensbrück, Riga-Kaiserwald, Sachsenburg, Sobibor, Treblinka, Vaivara. 32 campos, construidos, utilizados, abandonados, en un período de 8 años, entre 1937 y 1945. 32 es la cifra de la que me acuerdo. Me resulta penoso confesar que la lista es incompleta, quiero decir: imperfecta. Trabaja en mí la obsesión por las cifras, a veces tengo miedo de que me mate. La palabra “trabajo” me inquieta. También en los campos se trabajaba. El trabajo es un valor esencial en mi familia, creo que también lo es en todas las demás. Sé el riesgo que corro uno de estos días, la locura o el suicidio. Es preciso que me cuide, pero no sé. Tal vez no sepa nada. Mis ojos se concentran en un foco colgado del techo de mi habitación. Me digo: es posible que no haya ninguna lógica en el mundo, que todo sea fruto de un puro azar sin significado. Ninguna lógica. Mis pupilas registraron la intensidad de la luz, veo un punto blanco en todas partes donde miro. Una risa nerviosa me atraviesa el cuerpo. Es una idea terriblemente angustiante. Y sin embargo me atrae. Siempre consideré un mundo lógico porque siempre tuve confianza en las cifras. Las cifras siguen una lógica implacable. Ese rigor es lo que me gusta, lo que apruebo, ante lo cual me inclino. Las cifras nunca podrán traicionarme; a lo sumo, me sorprenderán de manera desagradable pero nunca fracasarán en su tarea. Responderán eterna e incansablemente a su deber. “¿Tu abuelo murió en Auschwitz? –No, en Buchenwald.” Mentí. ¿Por qué? Odié la pregunta. El tono estaba desplazado con respecto a su objeto.

“Atravieso la muerte todos los días” es una frase que escuché la semana pasada a la noche por televisión.